VIII

El estado de la Arqueología en los Estados Unidos y la deuda de Norteamérica a España

Discurso pronunciado ante la Real Academia de la Historia el día 31 de mayo de 1929.

SEÑOR DIRECTOR, SU EXCELENCIA, SEÑORES DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA:

UNOS cuatro siglos atrás precisó Cervantes el carácter de la especie en una sentencia que sintetiza reveladoramente la totalidad de la naturaleza y acciones del hombre. Nada podría ser más comprensivo, nada más propio ni más simpático. El escribió: "Cada uno es como Dios le hizo, y aún peor muchas veces."

Son para mí grandes honor y privilegio el presentarme hoy ante vuestro augusto Cuerpo por mí mismo y como representante de la más extensa y más fuerte Sociedad de los Estados Unidos consagrada al estudio de la historia antigua. No tengo que hacer apologías de ninguna clase con respecto de la Sociedad Arqueológica de Wáshington. Ella trabaja esforzada e incesantemente por grandes ideales y por una obra mejor. Mas, para mí,

como individuo, os suplico tengáis presente el sensato juicio de Cervantes. De lo contrario, temo podáis descubrir que soy mucho peor de como Dios me hizo. Por otra parte, y antes que todo, os suplico recordéis que no soy ni español ni orador; que no tengo en vuestra primorosa y feliz lengua la facilidad de expresión que sinceramente desearía. A la verdad, apenas si podré apuntar de una manera indirecta e incompleta algo sobre nuestras labores y aspiraciones en los Estados Unidos y ofrecer a todos vosotros, como representativos de cuanto hemos aprendido a respetar y a reverenciar en España, la mano cordial de cooperación y fraternidad científicas.

Estimo altamente el favor que me habéis concedido. Me honráis sobremanera al prestar oídos a los esfuerzos vacilantes de un extranjero en el más sonoro y gallardo idioma que idearan jamás los hombres. Aunque por muchos años he leído y estudiado el castellano, apenas si muy poco tiempo he podido consagrar a practicarlo. De modo que os pido indulgencia, ya que ésta es la primera ocasión en que me sirvo de vuestro idioma para un discurso formal ante tan distinguido Cuerpo. Mucho me complazco al comparecer ante vosotros como representante de la Sociedad Arqueológica de Wáshington, y de ahí del Instituto Arqueológico de América, porque espero me sea posible daros una idea algo distinta acerca de las agrupaciones científicas norteamericanas, y también porque he venido penetrándome con los años de la deuda que todos los investigadores norteamericanos de la Historia tienen para con España y sus heroicos hijos.

La investigación del pasado remoto tiene su efectivo y ordenado comienzo en los Estados Unidos en 1879,

con la fundación del Instituto Arqueológico de América. Emprendiendo sus labores, con unos cuantos socios, en Boston, el Instituto hoy día tiene sus oficinas principales en Nueva York, con cincuenta sociedades o capítulos afiliados esparcidos por muchos de los Estados de la Unión. Más; tiene florecientes escuelas, mantenidas en las ciudades de Santa Fe, Estado de Nuevo México, Atenas, Roma, Jerusalén y Bagdad. El Instituto comenzó con el estudio de las obras clásicas en Atenas, mas ha extendido ahora su interés a todos los países. Se organizó en Boston con sólo doce miembros. Hoy cuenta con 2.996, residentes en cincuenta ciudades. Sus primeros trabajos fueron bastante modestos, porque no tenía ni programa ni dinero. En la actualidad emprende uno de los proyectos más ambiciosos que se puede imaginar: la excavación del Ágora de Atenas, para lo cual proveerá fondos un magnánimo millonario norteamericano, durante un período que se calcula en veinte años, como mínimum. Entre esos dos extremos hállanse cincuenta años de constructiva labor, que han sumado mucho al conocimiento mundial sobre las artes, mediante las cuales tan penosa y lentamente se ha levantado el hombre por sobre el nivel de los brutos. Gran parte de esa labor se ha hecho calladamente. Gran parte, también, se ha realizado por plazos, por decirlo así. Algunas diligencias no dieron resultados satisfactorios; mas la suma total ha sido muy cuantiosa. Naturalmente, nos sentimos felices por la obra alcanzada, aunque, como aquel gran constructor del imperio inglés, Cecil Rhodes, repetimos, con tristeza: "¡Tan poco hecho... tanto por hacer!"

No me interpretéis mal en este punto. Os suplico no

califiquéis esto de impropia jactancia. Los científicos americanos son iguales a sus compañeros de todas partes. Yo simplemente hago constar, en términos generales, los éxitos alcanzados por el Instituto Arqueológico de América y algunas de sus sociedades afiliadas. Vosotros os formaréis vuestro propio juicio respecto del valor de los resultados obtenidos —resultados que deberán pesarse en la balanza infalible de la sabiduría— como aportes al patrimonio de los conocimientos humanos.

Pero al menos —y no obstante los errores en que hayamos incurrido— creo que admitiréis que nuestros esfuerzos en el orden científico nos han acercado mucho más a Europa de lo que sin ellos habría sido posible. El libre intercambio de ideas, con las correspondientes simpatías y comprensión mutua, ha aproximado sensiblemente al mundo a la solución de uno de sus más viejos problemas.

Ya no se oye en los Estados Unidos la objeción antiguamente en boga de que el dinero invertido en obras arqueológicas era dinero malgastado. Poco a poco ha ido penetrándose el pueblo de la importancia de las investigaciones en la historia del hombre. Ha aprendido la virtud encantadora de hallar noticias acerca de otros pueblos y de otras edades. La Prensa diaria ha comenzado a desempeñar en ello un importante papel. Prueba de ello es que, ha pocas semanas, un artículo mío sobre Mesopotamia llenó página y cuarto de uno de nuestros más grandes periódicos dominicales. Ni una palabra de las escritas por mí fué cambiada, ni se insertó una sola cifra inexacta. Ahora bien: unas cien mil personas leyeron ese artículo. Muchas de ellas, probablemente, no habían nunca oído antes de Mesopotamia; pero ahora

saben algo de lo que ese reino antiguo de Súmer realizó ha siete mil años, y de lo que nosotros —los del mundo actual— debemos a su genio. Yo no creo aventurado pensar que el estímulo dado ahora por la Prensa al pensamiento popular con sus nuevas informaciones y artículos especiales, por las exhibiciones públicas que los museos realizan en todos los lugares de los Estados Unidos, por los nuevos métodos de enseñanza gráfica de la Historia en nuestras escuelas, formará, en día nada lejano, una opinión pública educada que servirá de orientación tanto a nuestros asuntos domésticos como a nuestras relaciones exteriores.

Los frutos de esta evolución son perceptibles ya. Hasta hace poco los excursionistas y turistas han ocasionado graves perjuicios a los túmulos y monumentos prehistóricos, intocados hasta entonces, en la región suroeste de los Estados Unidos. Esos bárbaros saben hoy lo suficiente para dejar aquellos restos y esperar que los arqueólogos los exploren científicamente. En esto vemos ya el principio de un concepto mucho más adecuado sobre las funciones de la arqueología por parte del público profano. Todavía más: los arqueólogos se han dado cuenta por sí mismos de que se sirve mejor a la Ciencia dejando *in situ* el material descubierto. En una palabra: el despojo no es hoy día el propósito del investigador sensato. Ya la fotografía y el modelo plástico bastan para fines de estudio en el laboratorio. De ese modo, la Arqueología ha evolucionado más allá de los límites de la pura investigación. Tanto es así, que me atrevería a afirmar, sin miedo a contradecirme, que se ha convertido con asombrosa prontitud en un utilísimo

instrumento de política, en elemento de benéfica influencia, en el mundo de la política práctica.

¿Lo dudáis? Es fácil demostrarlo. En la ciudad de Wáshington ha firmado acuerdos la Institución Carnegie con los Gobiernos de México y de Guatemala; acuerdos que revisten el mismo carácter formal de los tratados políticos. Por virtud de esos acuerdos todo el material descubierto en las empresas arqueológicas se deja en el propio sitio del descubrimiento. Nada es traído al exterior. Así no podrán enriquecerse los museos norteamericanos a expensas de una nación amiga. Por insistencia mía, la Sociedad Arqueológica de Wáshington expidió las mismas instrucciones al salir nuestra expedición para las altiplanicies de Guatemala, ahora tres años. Resultado directo de ello es la favorable acogida que se presta a las expediciones norteamericanas; y también el entusiasmo con que los científicos de aquellas Repúblicas se disponen a cooperar amistosamente en nuestro empeño de conocer las antigüedades del Continente Americano. En el sentido político se ha advertido igualmente los efectos, puesto que ha llevado a estos países, de tan divergente carácter, a acercarse por medio de vínculos de respeto mutuo y de sólida armonía.

Gran parte del trabajo de los arqueólogos consiste en hacer confirmar o hacer extender la historia escrita. Pero en toda la historia hay grandes vacíos. Como una "llave maestra" del pasado, la Arqueología descubre las selladas y misteriosas puertas del tiempo, y en la obscuridad de los siglos erige el puente que ha de enlazar los espacios abiertos. Esto lo hemos aprendido lentamente en los Estados Unidos, al estudiar los habitantes originales del hemisferio occidental. Hasta ahora cuanto he-

mos encontrado es solo un gran conjunto de hechos, generalmente desconectados, algo así como un rompecabezas teológico. Mas, con todo, sabemos ya lo suficiente para advertir la necesidad de que todas las historias sean nuevamente escritas, de formarnos un nuevo concepto total sobre la historia del hombre primitivo. Esto es más evidente aún con respecto a épocas posteriores, y es aquí donde ocurrimos con mayor confianza a España. El indio actual de los Estados Unidos nos suministra muy poca o ninguna luz respecto de su pasado. El antropólogo y el etnólogo apenas si pobremente nos informan sobre los hechos, y muy poco más por vía de deducción. Tenemos monumentos en Norte América, pero ninguno de historia tan clara y definida como los de Egipto y Mesopotamia.

Por otra parte, contamos con el asombroso expediente dejado por los conquistadores y por sus igualmente activos compañeros, los reverendos padres de las misiones. Allí nos encontramos en tierra mucho más segura, y aquí aparece el principio de esa ilimitada deuda hacia España que todo norteamericano de pensamiento reconoce como impagable.

Vosotros, señores, a título de historiadores, bien sabéis de los trechos obscuros que existen en la Historia. Vosotros sabéis cuán defectuoso es nuestro concepto del pasado. Vosotros sabéis, mejor que cualquiera otra agrupación similar de sabios, la enorme dificultad para conciliar las diferentes crónicas de trazar el verdadero cuadro de la antigüedad. Estáis igualmente advertidos de que la Historia es "la ciencia de los avalúos, no de los sucesos; de las intenciones, no de los acontecimientos; de la significación, no de la causalidad". A la verdad,

apenas si necesitaré sugerir que, como expresa el inglés Jerrold, "la creencia en la realidad de las fuerzas y avalúos culturales es prerrequisito sin el cual nunca podremos entender la Historia, ni siquiera admitir la posibilidad de un proceso genuinamente histórico". Si no admitiéramos esto, reduciríamos la Historia a una especie de teología medieval. La hacemos, en una palabra, mera ciencia de los orígenes orgánicos, bien equilibrada e inteligente, pero sin la más mínima relación con los hechos. Los que debemos considerar en todo juicioso estudio del pasado, si es que hemos de atribuírle su verdadero valor histórico, es que todas las grandes culturas o civilizaciones antiguas han desaparecido. Es menester saber por qué. En este punto el arqueólogo se anticipa. El comienza en la prehistoria. Ejerce su cometido de relatar y deducir. Echa las bases que servirán al historiador para erigir una noble estructura. Suministra gran parte de las piedras, y aun las mezcla, para lo demás. Es evidente, por tanto, que el valor de la investigación arqueológica no consiste en escribir la Historia, o lo que, erróneamente llamamos Historia en nuestros días, sino en el descubrimiento tanto de los hechos desconocidos para el historiador, así como de la relación de ellos y su influencia en lo que ha sucedido en remotas edades. ¿Podría otra ciencia encerrar mayores estímulos? ¿Podría ser más efectiva para hacer meditar al hombre, para realzarlo sobre el nivel de la máquina, hacia el cual la arrastra constantemente nuestra grosera edad materialista?

Algo de esto hemos venido aprendiendo paulatinamente en los Estados Unidos al estudiar los aborígenes del hemisferio occidental; hasta los profanos se han

aprovechado de una mejor inteligencia progresiva, tanto de las condiciones norteamericanos en los siglos XVI y XVII, como del carácter español. Los primeros historiadores norteamericanos, que nada bueno advertían en la conquista española de grandes regiones de lo que son hoy los Estados Unidos, han sido sustituídos por hombres de visión más clara y de conceptos más amplios. Estos hombres tienen un punto de vista más filosófico. Interpretan los sucesos con mayor discernimiento. Van a las fuentes mismas en busca de información. Página tras página de inspiradoras narraciones y descripciones son tomadas por ellos de los originales españoles. En aquellos días arriesgados, tanto el fraile como el soldado, tenían que observar las cosas con clarividencia. Su vida dependía de ello. Si puedo citar de nuevo a Cervantes, las armas nunca hicieron ventaja a las letras, ni las letras a las armas. Bernal Díaz del Castillo, el obispo Bartolomé de las Casas, el padre Cogolludo, Castañeda —el historiador de Alvarado en 1546—, todos hicieron aportes épicos a la historia de las naciones y al Arte. Cada uno de estos hombres, y docenas de otros, dejaron narraciones de la vida de su tiempo, a la vez agudas y conmovedoras, a las cuales los sabios y arqueólogos norteamericanos se vuelven cada día más. Las exploraciones y las excavaciones verifican cada vez más la exactitud de aquellos viejos cronistas, sin las cuales nos encontraríamos seriamente obstaculizados. La nomenclatura de lo que en los Estados Unidos llamamos nuestro "Suroeste" —los Estados de Arizona, Nuevo México, Utah y Colorado— es elocuente testigo de nuestra herencia española en el sentido histórico. ¿Quiénes sino vuestros gloriosos antepasados pudieron fun-

dar la ciudad de Santa Fe, o bautizado a Pueblo Bonito, el Cañón del Muerto y Chaco Cañón? En los últimos veinte años nuestros arqueólogos han explorado todos estos lugares y muchos otros. Hace algunos días uno de nuestros investigadores ha salido de Madrid, después de haber recogido aquí material que arroje luz sobre la historia primitiva de los aborígenes rojos y de los pobladores blancos de Nuevo México. Sería abusar de vuestra paciencia el deciros, siquiera brevemente, cuánto apoyo nos han prestado los archivos españoles a la solución de los muchos problemas de nuestra historia antigua.

Fué el Dr. Edgar L. Hewett quien excavó primero las ruinas de Chaco Cañón, donde los primeros habitantes dejaron pruebas de un alto grado de cultura en una extraordinariamente bien organizada vida social y religiosa, una arquitectura robusta y resistente, y artes industriales. Aquí también había comenzado la decadencia mucho antes de la conquista.

Séame permitido ahora hacer mención de uno o dos de los estudios que hemos realizado.

La Oficina Etnológica de la *Smithsonian Institution* ha acabado de explorar a fondo las ruinas de Mesa Verde, conocida por el nombre de Casa Lejana Vista, habiendo el Dr. J. Walter Fewkes llegado a la conclusión de que este tipo puro de establecimiento de los Indios Pueblo estaba ya en decadencia para la fecha del advenimiento de los españoles.

Square Tower Ouse (Casa de la Torre Cuadrada), también en la región indígena de Mesa Verde y estudiada por el Dr. Fewkes, era el hogar de invierno de los "Cliff-Dwellers" de esa misma comarca, siendo el más

elevado de sus edificios y un hermoso tipo de construcción paleolítica.

Ninguno de estos estudios es de fecha reciente. Al hacerlos, persona ni institución alguna contaba con planes definidos, ni tampoco tenía un concepto real de los problemas envueltos. Mas la historia de nuestros esfuerzos en los últimos años ha sido del todo diferente. Nuestro principal problema fué mucho mejor reconocido, y de su primer aspecto pueden formularse estas grandes interrogaciones: ¿Cómo y cuándo fué poblado el Nuevo Mundo? ¿Quiénes fueron sus primeros habitantes? ¿De dónde llegaron? ¿Perecieron todos o fueron absorbidos por razas posteriores?

Luego, al tema principal preséntase el variado problema de aquellas llamadas "culturas periféricas" que, prácticamente, nada debían de su desarrollo a la Agricultura.

Finalmente, y este es en apariencia el aspecto más popular del problema, viene la consideración de aquellas culturas que sí debieron su desarrollo y crecimiento a la Agricultura. Vosotros en seguida veréis el enorme alcance de estas tres cuestiones en el sentido geográfico. Casi dondequiera, a través de los Estados Unidos, pueden encontrarse testimonios a ellas referentes. En Nuevo México, California, Colombia, Británica, Alaska y Labrador; en las playas del Golfo de San Lorenzo; en Terranova; en el Estado de Maine; en la región de los lagos del Estado de Nueva York; en la totalidad de Pennsylvania; en parte de los Estados de Illinois, Georgia, Ohio, Flórida, Texas, Indiana, Michigan, Wisconsin, Colorado, Utah, Iowa, Missouri, Kentucky y Mississipi, se han visto en acción más de treinta expedicio-

nes. Los museos, las universidades, oficinas del Gobierno, sociedades privadas e individuos, todos participaron en la empresa. El interés por la Arqueología y por la Historia antigua actualmente ejerce en todas partes una influencia creciente sobre la imaginación popular. El resultado se traduce en un progreso notable de la inteligencia del público.

Es de interés e importancia observar que los archivos españoles y la cultura española han sido de gran peso en los juicios relativos a una gran extensión de nuestras comarcas del suroeste. Dondequiera se impuso a los aborígenes Pueblo la cultura española —usamos la palabra "Pueblo" en los Estados Unidos para designar aquellos indígenas que vivían en estrechas comunidades de cierto tipo, distintas de las nómadas y de las guerreras—; la cultura española, repito, influyó en la construcción de las ciudades vernáculas, en la producción de una sólida uniformidad en las construcciones, separándose éstas notablemente del tipo original nativo.

Muchas de las primeras instituciones de enseñanza de los Estados Unidos han enviado y continúan enviando expediciones al terreno. Entre las mejor conocidas se encuentran el Museo Americano de Historia Natural; el Museo Field de Chicago; la Smithsonian Institution; la Universidad de Harvard; la Dotación Heye, Museo del Indio Americano; las Universidades de los Estados de Utah, Ohio, Colorado, Kentucky, California y el de Cincinnati; la Institución Carnegie de Wáshington, la Sociedad Arqueológica de Wáshington y alrededor de unas cuarenta más.

Al considerar el trabajo hecho y los asombrosos resultados obtenidos en Centro y Sur América, de nuevo

encontramos que sin la guía de las crónicas españolas estaríamos ciertamente en desamparo. En todas partes sucede lo mismo: México, Perú, Honduras, Guatemala, todas diferentes; mas todas iguales en que la historia de todas fué escrita por España. Y todas ellas deben a España el progreso que les fué dado realizar.

Estáis indudablemente familiarizados con la obra de la expedición enviada ha pocos años al Perú por la Sociedad Geográfica Nacional. Sabéis lo que la Dotación Heye y la Institución Carnegie han realizado en Honduras, Guatemala y México. Acaso no habéis advertido que inspiraciones derivadas conjuntamente de las expediciones norteamericanas y de los archivos españoles iniciaron al Gobierno mexicano en esos notables trabajos arqueológicos en distintos puntos de México, trabajos que felizmente han conservado como monumentos nacionales las espléndidas estructuras de los Mayas, de los Toltexas y de los Aztecas, legadas a la posteridad. Estas mismas expediciones y archivos también sirvieron de instrumentos para inaugurar la extraordinaria labor educativa que el Gobierno mexicano ha emprendido en el Valle de Teotihuacán. Allí ha procurado el etnólogo reconstruír la historia, fundándose más bien en los valores humanos que en los acontecimientos. Ha ofrecido al indio cuyos antepasados reverenciaban al Sol, la Luna y la Serpiente Plumada un concepto nuevo de su descendencia remota, relacionándolo con la vida de hoy, armoniosamente enlazando su vida con dos tipos de civilización completamente distintos. [Cuáles serán los resultados, nadie podría decirlo; mas no es poca cosa el haber inspirado tan insigne experimento.]

La Sociedad Arqueológica de Wáshington envió hace tres años una corta, pero importante, expedición a las altiplanicies de la República de Guatemala. Queríamos, si es posible, determinar la relación cronológica entre las varias culturas prehistóricas. Este era uno de los más interesantes entre los problemas secundarios de la arqueología americana. El sabio escogido para encabezar esta expedición no fué norteamericano, a pesar de que no faltan en los Estados Unidos hombres bien capacitados para dirigir semejante investigación. Se le dió el cargo al Dr. Manuel Gamio, antropólogo de vanguardia en México, porque era el mejor. Este me informó acerca de la cantidad de dinero que necesitaría para el trabajo en proyecto, y yo me dispuse a reunirla de algún modo. Estoy seguro de que os sorprenderéis si os digo que toda expedición enviada al terreno con propósitos científicos, salvo raras excepciones, trae consigo la dura necesidad de que alguien solicitase los recursos correspondientes. En los Estados Unidos, como en España y como en cualquier otro lugar del mundo, la ciencia tiene que pedir su pan de ella de cada día.

Pues bien; traté de conseguir el dinero que necesitaba el Dr. Gamio. Cuando teníamos reunido lo suficiente para justificar la aventura, lo dejé partir. ¿Y entonces? Trabajé cuanto pude, pero no fué posible completar lo que necesitaba. Habéis oído mucho, seguramente, acerca de la mutua desconfianza y prevención de sentimientos que existen entre Centro y Sur América, de una parte, y los Estados Unidos, por la otra. Es por ello mismo muy satisfactorio el poder deciros que el Dr. Gamio voluntariamente redujo su propio honorario, a fin de reducir el costo de la expedición a la

cantidad que me fué posible recoger. Este es el más hermoso ejemplo de fraternidad científica y de armonía económica. ¡Sean todos los honores para el Dr. Gamio por su generosidad! Debe también decirse que él cumplió su misión con todo éxito, y que las nuevas investigaciones en Guatemala, que emprenderá luego la Institución Carnegie de Wáshington, tendrán como base los trabajos realizados por el Dr. Gamio.

Durante el año pasado cuatro instituciones norteamericanas costearon expediciones en terreno Centroamericano. Cada una de ellas hizo notables descubrimientos. Un grupo de la Institución Carnegie completó la restauración del gran Temple de los Guerreros en Chichen-Itza. Mientras trabajaba allí, el señor Earl Morris descubrió un precioso disco de unas ocho o nueve pulgadas de diámetro y formado por 2.500 piedrecillas de turquesa, aproximadamente, engastadas en una base de madera. Como ésta se había podrido, hubo necesidad de enviarse por un experto a los Estados Unidos a fin de que la reparase. Al concluír el trabajo, que requirió siete semanas, el disco fué entregado al señor don Moisés Sáenz, subsecretario de Educación Pública de México. Jamás se descubrió otro mosaico de turquesas en la región Maya, siendo muy claro que éste procedía de las altiplanicies de México. De esta manera, el arqueólogo prepara una vez más el camino al historiador. Este trozo de enjoyada historia revela claramente la conquista de la ciudad Maya donde fué encontrada por los invasores mexicanos. También nos faculta para precisar esa conquista entre los siglos XII y XIV.

La segunda expedición Carnegie trabajó en Uaxac-

tún, en el distrito Petén de Guatemala, el corazón del Viejo Imperio de los Mayas. Aquí descubrieron los arqueólogos las tres cuartas partes de la célebre pirámide E-VII, el más bello exponente de arquitectura prehistórica americana conocido para nosotros. El examen demostró que había sido erigida para fines astronómicos. Mas por alguna razón —que todavía no sabemos— los Mayas la cubrieron completamente con una masa de cascote, alrededor de los principios de la Era Cristiana. La importancia de este descubrimiento consiste en que nos brinda una nueva luz sobre las más tempranas formas del arte Maya. Aquella pirámide indudablemente fué construída antes que la arquitectura Maya adquiriese las características que la distinguieron posteriormente. Entre otras cosas, tiende a probar que Uaxactún fué probablemente el más antiguo de todos los centros conocidos de la civilización Maya.

La expedición de la Universidad de Tulane atravesó más de 1500 millas de bosques y montañas intransitables, en la parte Sur de México y en Guatemala, llegando últimamente a El Cayo, en la Honduras Británica. Se realizaron muchos descubrimientos; pero como el profesor Frans Blom, quien la dirigía, me ha dicho que todavía está preparado para anunciarlos, debemos esperar su informe con el resultado de las investigaciones.

Tanto el Museo Field de Chicago como el Museo Americano de Historia Natural despacharon expediciones a trabajar, una en Honduras Británica y la otra en México Central, donde ambas realizaron una admirable labor. El año pasado ninguna expedición norteamericana trabajó en Sur América.

Jamás alcanzó cultura alguna un alto grado de per-

fección, sin que tomase siquiera parte de sus elementos de otras más viejas y más experimentadas. El estudio comparativo del progreso del hombre es, por consiguiente, una de las materias más atractivas.

El Dr. C. Leonard Woolley, jefe de la gran expedición enviada en conjunto a Mesopotamia hace ocho años por el Museo Británico y por el Museo de la Universidad de Pensylvania dictó, en marzo próximo pasado una conferencia en la Sociedad Arqueológica de Wáshington. El nos habló del descubrimiento por él de algunos verdaderos arcos en las ruinas de Ur-of-the-Chaldees, cuya edad se remonta a unos cuatro mil quinientos años antes de J. C. Mirad a vuestro alrededor: arcos aquí en este edificio, arcos en todas las iglesias, en los rascacielos, en las catedrales, en vuestro tranvía subterráneo y en el nuestro, en los edificios públicos y en todas partes. Mas allá, en aquel remoto arco en las llanuras de Mesopotamia, de siete mil años de edad, encuéntrase la fuente de la arquitectura hecha suya sucesivamente por todas las culturas posteriores, transmitido de generación en generación, que, elaborado y decorado por cada una de ellas ha perdurado orgánicamente el mismo hasta nuestros días. La deuda es indefectible.

Para citar un caso más reciente y mucho más a propósito, os diré que nosotros, los de los Estados Unidos, tenemos en muchas regiones de nuestro país un tipo de cultura que no es sino el florecimiento del que vuestros exploradores establecieron hace siglos en Estados como Florida, California, Nuevo México y Louisiana. No sólo reconocemos francamente esta obligación, sino que ella exalta nuestro orgullo. Gran parte de la más bella arquitectura en esos Estados, mucho de nuestra vida fa-

miliar, numerosos vocablos de nuestro lenguaje, no pocas de nuestras costumbres, derivan directamente de vosotros y constituyen un precioso legado, un exquisito y noble ideal para el resto de nuestra población.

Estamos tan profundamente obligados para con España desde el punto de vista lingüístico, que dudo que aun vosotros, guardadores de la Historia de España, reconozcáis la extensión que el vocabulario español ha alcanzado como parte integral de nuestro discurso. Todos los días hablamos de la cómoda y provechosa *siesta*, de nuestras *casas* y *casitas*, aun tan al Norte, hasta el Estado de Colorado —otro Estado de nombre español—, sea dicho de paso. *Patio* es una de las palabras más corrientes en el vocabulario norteamericano. Entre nosotros también hay *vaqueros*, y nuestros ganados comen la yerba *loca* y hasta se vuelven *locos* también. Nuestros libros de aventuras están llenos de referencias a los *galeones* y *doblones*, y a los *ochavos*. Nuestro *creole* no es más que el castizo *criollo* de antaño, dándosele una ortografía americana; *muchacho* es perfectamente doméstico, y, asimismo, *chaparral, mezquita, padre, fraile, toreador, camino, sabe, bodega, vino,* y centenares de otras. En las regiones calurosas de nuestro país frecuentemente construímos nuestras casas alrededor de *patios*. Muchas de las más costosas son decoradas con *azulejos* de importación o con excelentes imitaciones que se hacen en los Estados Unidos, y techadas con gruesas tejas, conforme a la vieja costumbre española. Cuando queremos ser especialmente refinados en el equipo interior de nuestras casas usamos cordobán español, y embellecemos nuestros cielos rasos con entallados y labores de oro, tal como los magníficamente artesonados y pintados cielos rasos de

la península. Aun nuestra cocina comienza a matizarse con sabores y viandas españolas. Al Sur, en Florida, una gran ciudad residencial, llamada Coral Gables, es norteamericana sólo de nombre. Todas sus calles están distinguidas por el recuerdo de un héroe o dignatario español; todas sus casas son en algo reminiscencia de la arquitectura española; todas son techadas con las clásicas tejas peninsulares. Apenas si los habitantes no son españoles.

Todo esto es de hoy, como el excelente camino de concreto reforzado para automóviles que se extiende por quinientas millas a lo largo de las playas de California. Todavía es el *Camino Real* exactamente lo mismo que cuando fray Junípero Serra y sus hermanos Franciscanos marchaban fatigosamente sobre la arena y el polvo hace más de un siglo. Y las viejas Misiones que ellos construyeron allá están aún, algunas en ruinas, otras en pie, trabajando diariamente; mas todas conservando sus nombres españoles, y alguna que otra servidas todavía por sacerdotes españoles. Todo es allí amable paz de Dios, bajo el cielo azul y el resplandeciente sol de California, que se filtra por los claustros silenciosos, inundándolos de luz, de calor y de vida, y cubriendo los agrietados muros de rosas y de amapolas amarillas...

Nosotros no podemos pensar en las misiones españolas sin pensar también en el más glorioso y el más trascendental de todos los servicios prestados por España al Nuevo Mundo. Me refiero a la santa religión cristiana que vuestros heroicos padres misioneros plantaron a perpetuidad en nuestros lares de occidente. Hasta cierto punto el nuestro es un pueblo algo descuidado, y quién sabe si hasta irreverente. No tenemos religión del Esta-

do. Mucha gente de Europa nos considera como si no tuviésemos religión de ninguna clase. Esto es probablemente algo más verídico referido a nosotros, que al resto del mundo. Sea como fuese, siempre hemos sabido reverenciar el heroísmo, el valor cristiano, la fe inquebrantable, la inmensa caridad y la sabiduría de aquellos inolvidables franciscanos que realizaron hasta lo imposible en este nuevo continente. Muchos de ellos murieron como mártires de la fe. Todos ellos sufrieron y perseveraron con paciencia. Su bendita labor ha sobrevivido y hecho enriquecer la historia de nuestros países con páginas de oro que conmoverán siempre la naturaleza del hombre y le inspirarán sentimientos de abnegación y de sacrificio.

Ya os he expresado que uno de nuestros eruditos trabaja en vuestros archivos. Podría decir más. Nuestros profesores y amantes de la investigación cada día aprenden a estimar mejor las inapreciables riquezas ocultas en las Bibliotecas españolas y bajo el suelo español. Durante los últimos años hombres y mujeres norteamericanos han ahondado en los detalles de las prehistóricas culturas de penetración española, estudiando su arquitectura primitiva, su pintura, sus luminosos manuscritos y otras mil materias. Todos los años, acompañada de sus estudiantes mayores, la Escuela Americana de Investigaciones Prehistóricas visita sitios prehistóricos, entre ellos la Cueva de Altamira. Y ahora, por fin, la Sociedad Arqueológica de Wáshington está dispuesta a dar otro paso avante en sus labores. Esperamos eventualmente extender esta tentativa a algo mucho más significativo, tanto con respecto de propósitos como de cooperación. Mas no quisiera vaticinar indebidamente. Dejemos que la em-

presa marche; dejemos que nuestros sabios y los vuestros trabajen palmo a palmo en esta investigación. Y cuando surjan los frutos, si es que han de surgir —y tengo plena confianza en ello—, ya habrá tiempo de hablar sobre dicha extensión, sobre cosas más grandes.

Señores: Al dirigiros estas incompletas observaciones he querido hacer dos cosas: una, el expresaros en estilo llano y sencillo lo que nosotros, los de los Estados Unidos, hemos hecho y estamos haciendo en Arqueología; la otra es mucho más difícil: es la de que a una gran parte de los norteamericanos no les falta alma. Con todo y así, puede que algunos de vosotros rehuséis crédito a tan extraordinaria afirmación, que, a pesar de todo, es positivamente cierta. Puedo agregar que confío en que iréis a los Estados Unidos y allá os convenceréis por vosotros mismos.

Ahora dos años tuve el honroso privilegio de ser recibido en audiencia privada por Su Majestad el Rey, a quien Dios guarde. Hablamos principalmente de Arqueología. Don Alfonso me habló de su predilección y de su interés por la conservación de los monumentos históricos de España, incitándome a convencer a mis colegas de Wáshington de las ventajas de una seria cooperación entre arqueólogos e historiadores de España y de los Estados Unidos.

Señores: El humilde trabajo que nosotros, los de la Sociedad Arqueológica de Wáshington, vamos a iniciar en este país, es el primer fruto de aquella aspiración de Su Majestad el Rey Alfonso, así como de mi propio ensueño personal. Es el comienzo de una campaña de la cual me atrevo a esperar más amplias y fructuosas labores, con espléndidas contribuciones al conocimiento

humano, hasta el máximum posible, gracias a la colaboración de los sabios de España y de los Estados Unidos.

Y así advertiremos en el futuro que, en vez de cancelar nuestra deuda para con vosotros, la hemos hecho más grande y más difícil de retribuír.

He dicho.

ARTHUR STANLEY RIGGS, F. R. G. S.
Director de la Sociedad Arqueológica de Washington,
Autor de "El Panorama Español", etc., etc.